

Concurso de Cuentos de Montaña

Tercer premio en castellano

Se trata de una historia dura bien desarrollada. Refleja perfectamente desde la perspectiva del montañero lo que a cualquiera le puede suceder ante un peligro oculto y cruel. Los misterios y las fuerzas de la naturaleza aparecen bien reflejadas.

Jesús Zufia

NIVEL 5

POR fin Oier comenzó a despertarse. Muy lentamente, como si a su cerebro le costara activarse de nuevo y traspasar el umbral de la consciencia. Oier es de los que necesita un buen rato cada mañana, después de levantarse, para empezar a funcionar con normalidad. En ese periodo de tránsito es mejor no hablarle, no decirle nada por lo menos hasta que sale de la ducha. Nunca ha entendido, cómo su madre y su hermana, son capaces de entablar una animada conversación cada mañana, un minuto después de haberse levantado a toque de corneta del chirriante despertador. Él, simplemente, no puede.

Esta vez, sin embargo, algo va peor de lo habitual. Tiene la sensación de que no va a poder moverse. La pierna derecha le duele a la altura de la rodilla. Como si hubiera dormido durante horas con ella encogida en una mala postura. Intenta estirarla pero es incapaz. Algo se lo impide. El brazo izquierdo está hacia arriba, estirado por encima de la cabeza, y el derecho lo nota apoyado en la espalda, como si alguien se lo estuviera inmovilizando por detrás con alguna llave de yudo. La postura es realmente incómoda, pero un inesperado pinchazo en el hombro, al mover la mano, le convence de quedarse como está.

El pinchazo, muy agudo, del que todavía nota el eco en el hombro, le saca rápidamente de su amodorramiento. Una señal de alarma se enciende en su interior. Algo va mal. Algo va muy mal. El pulso se le acelera. Está a oscuras y de repente se da cuenta de que no se oye nada. El silencio es absoluto. ¿Dónde están su madre y su hermana?. Ni siquiera se siente el tráfico habitual de la calle. Ni un coche, ni un ruido.



Nada. Sólo siente su respiración, cada vez más rápida, y el golpeteo de su corazón.

Comienza a apoderarse de él un sentimiento de angustia, aunque todavía no está seguro de haberse despertado realmente. Quizás esto no sea más que un mal sueño, piensa. Pero no, es demasiado real, en los sueños no se siente la cara completamente entumecida y fría. Los labios no los siente, no nota el contacto de uno con el otro.

Intenta acordarse de lo que hizo ayer. Recuerda los preparativos del viernes a la tarde en casa de Naroa, su novia. Las mochilas, las botas, la ropa de monte, los crampones. Recuerda que Naroa no encontraba el piolet y al final optaron por acercarse al club de

montaña para alquilar uno.

Después cenaron una hamburguesa en el bar de

Jose, y se

quedaron allí

dentro un

buen rato

después de

que bajara la

persiana. Le

contaron que al

día siguiente se

iban a los

Pirineos para

subir el Perdido

por el norte desde

Francia. Jose ha

sido un buen

aficionado a la

montaña pero desde

que abrió el bar no

tiene tiempo de

hacer ninguna

escapada, y la

inactividad se

le empieza a

notar por

encima del

cinturón.

Pero la

verdad es

que es difícil

encontrar un

3.000, por

cualquiera de sus caras, que no haya subido alguna vez. Además tiene una memoria prodigiosa y recuerda perfectamente los itinerarios, nombres de collados y tiempos de marcha como si tuviera el mapa delante. Les indicó la ruta desde Gavarnie e insistió mucho en que tuvieran cuidado con el estado de la nieve. Este invierno ha caído mucha y ahora en primavera suele haber peligro. Después se fueron a dormir a casa de Naroa como suelen hacer los fines de semana desde hace bastante tiempo.

La rodilla le molesta cada vez más y al intentar, en un acto reflejo, tocársela, siente de nuevo un latigazo en el hombro mucho más agudo que el anterior, del que ya no se acordaba. Casi sin respiración, las lágrimas le caen por las mejillas hasta los oídos y sin atreverse a mover ni un solo músculo ahora lo sabe, no es un sueño.

Oier empieza a sospechar dónde se encuentra, aunque no de una forma clara y consciente. Es

demasiado terrible y algún resorte de su cerebro se resiste a que esa realidad aflore, pero él nota la angustia que le oprime el vientre. Nota el miedo.

Ahora recuerda el viaje en coche hasta Gavarnie el sábado de madrugada. Su novia y él llegaron justo cuando estaba amaneciendo y rápidamente se pusieron las botas y la mochila y emprendieron la marcha. Esa noche pensaban dormir en el refugio de la brecha de Tucarroya, por eso iban bastante cargados con saco, quemador de butano y comida para tres días. El plan era hacer cima el domingo en el Monte Perdido y bajar por el sur a dormir al refugio de Goriz, y ya el lunes regresar al coche, en Gavarnie, por la brecha de Rolando. Pero ni siquiera recuerda haber llegado a Tucarroya.

Pararon a comer algo, a eso de las 11 de la mañana, en un sitio en el que por fin encontraban alguna roca para poder sentarse después de pisar nieve blanda durante toda la jornada. Naroa estaba cansada. Se le notaba en la cara. Ella es de las que no se quejan nunca pero se estaba haciendo muy difícil avanzar. No habían llevado raquetas y continuamente se hundían hasta las rodillas, pero Oier, terco, quería seguir, confiaba en que a medida que ganaran altura la nieve estaría más dura. Al poco de emprender la travesía de nuevo, Naroa se fue quedando unos metros por detrás. Después de un buen rato la distancia ya era considerable y él paró para esperarla y para quitarse el polar y el gorro. Hacía calor. El sol calentaba bastante en un cielo sin nubes. La vista, como siempre en Pirineos, era espectacular. Con la montaña a su espalda y el valle a sus pies, en una zona de mucha pendiente, Oier se sentó en la mochila a disfrutar del paisaje. A Naroa, todavía muy abajo, se le veía avanzar lentamente.

Se oyó un trueno a su espalda, muy cerca, que retumbó enseguida por todo el valle, y el suelo comenzó a temblar. De un salto se levantó de la mochila asustado y ...y ya no recuerda nada más.

Ahora sí. Ahora entiende por qué siente ese frío y por qué no puede moverse. Ahora sabe que aquello no era un trueno. Imposible en un día tan despejado.

¿Y Naroa?. La imagina enterrada bajo toneladas de nieve, inerte y rota como un pelele. Esa visión le provoca un llanto mudo y sin lágrimas, que ya no le salen.

Intenta revolverse, tiene que salir a ayudarla, pero los músculos no le obedecen. Ya ni siquiera nota el dolor de la rodilla. No nota nada. Es como si le hubieran robado su cuerpo. Como si sus brazos y piernas ya no estuvieran ahí.

Poco a poco se va rindiendo. Respira con dificultad por el inútil esfuerzo anterior y por la falta de aire, pero ya casi no le importa nada. Un sopor, como no ha sentido nunca, le va venciendo hasta que pierde totalmente la consciencia.

Y allí, en medio del Pirineo, más cerca del cielo que de la tierra, bajo la nieve, como un tesoro enterrado, como un juguete olvidado, la montaña guarda un cuerpo que se resiste a dejar de latir, pero que se va agotando, lentamente.

Le despierta una luz muy intensa, muy molesta, que no le deja abrir los ojos. Él quiere seguir durmiendo pero no le dejan. Oye ladridos de perros y voces de hombres a su alrededor en un idioma que no entiende, y entre ellos una mujer que no para de gritar algo. Que no para de gritar Oier.

BIZARGORRI

